

con su imaginación junto al lecho de la ambiciosa romana, en el fondo de un aposento alumbrado apenas por una pequeña lámpara. Oírás las quejas que la emperatriz destronada dirige á la única criada que la acompaña, y que por último la abandona también: observará en el rostro de aquella desgraciada princesa la angustia que por momentos va creciendo... al parecer teme que algun rumor interrumpa el profundo silencio que la rodea. No tarda en oírse ese rumor... Son los pasos de los asesinos que fracturan las puertas. Agripina se estremece, se incorpora en el lecho y presta oídos... El ruido se acerca; los asesinos entran, y rodean el lecho,... el jefe de aquellos desnuda la espada y la descarga sobre las sienes de la reina,... y la madre de Neron exclama ¡*Ventrem feri!* Sepúltala en mi vientre,... exclamación cuya sublimidad hace estremecer de admiración.

Tal vez cuando el mundo está sepultado en silencio, ó cuando allá en las altas horas de la noche, el viento y la lluvia azotan las ventanas de la habitación del solitario, este se entretendrá en confiar al papel las ideas que ha podido adquirir acerca de los hombres. El desgraciado está en muy buena situación para estudiarlos, pues estando separado de su camino, puede cómodamente contemplarlos al pasar.

Mas á pesar de todas esas distracciones que el desgraciado puede emplear en medio de sus pesares, no hay mas remedio que retroceder al principio de que no teniendo para cubrir las primeras necesidades de la vida, no hay alivio posible á nuestros males. Otway mendigando el pedazo de pan que lo ahogó y Gilbert tragando en un momento de perturbación mental una llave en el hospital, dieron testimonio á pesar de ser literatos, de la vanidad de la filosofía en ese particular (a).

## CAPITULO XIV.

## AGIS EN ESPARTA.

La revolución de los Treinta tiranos en Atenas produjo funestas consecuencias para la imprudente república que la había favorecido. Al hacer Lisandro venir á Lacedemonia el oro y la plata del Atica, introdujo también en su patria los vicios de aquel país. No tardó la sencillez de costumbres en ser reputada por grosería; la frugalidad pasó por estupidez y la honrada conducta por superchería. Habiendo el eforo Epitades publicado una ley permitiendo enajenar los bienes paternos, todas las propiedades territoriales pasaron á manos de los ricos, y los espartanos destruyeron aquella admirable igualdad de rango y de riquezas, quedaron convertidos en un vil rebaño de esclavos y de dueños.

Tal era la situación política de la república de Licurgo, cuando ocupó el trono de Lacedemonia un rey digno de los siglos heroicos de la Grecia. Agis, apasionado de los encantos de la virtud acometió la empresa de restablecer las leyes y costumbres de la antigua Laconia en un momento en que la mayor parte de los hombres apenas tenían noticia de su existencia. Agis manifestó su proyecto á la juventud lacedemonia y tuvo la inesperada satisfacción de ver que se hallaba mas bien dispuesta que los ancianos á llevarla á cabo. Eso mismo pudo haberse observado en Francia al principio de la revolución: hay en aquella hermosa edad un generoso ardor que nos impele hácia el bien, en tanto que la sociedad no haya aun perdido toda ilusión de virtud (b). Sin embargo, el rey de Lacede-

(a) En una obra bien redactada este capítulo sería un verdadero despropósito; mas en un libro tan incoherente como el *Ensayo*, importa poco que haya hecho esa digresión sobre los desgraciados, ó sobre cualquier otro asunto.

(N. ED.)

(b) No se crea que al hablar así, siendo viejo, adulo á la juventud dándole las alabanzas que se merece; pues bien se

monia consiguió captarse la voluntad de tres hombres de grande influencia, Lisandro, Mandroclidas y Agesilao, y asimismo mereció la aprobación de su madre Agesistrata.

Todo al parecer se daba la mano para favorecer la empresa. Lisandro había sido nombrado eforo, y las deudas habían sido públicamente abolidas. Leonidas despues de haber hecho vana resistencia á los proyectos de su colega Agis, tuvo que huir y en su lugar fue puesto Cleomboto, yerno de este último. No faltaba ya mas que proceder á la repartición de terrenos cuando Agesilao, que como ya lo hemos dicho, se había mostrado favorable al proyecto, mudó de opinión y contribuyó á que variara el aspecto de las cosas.

Eminentes cualidades poseía aquel espartano, pero desgraciadamente se hallaba abrumado de deudas. Abrazó pues ávidamente la ocasión de deshacerse de ellas, mas así que lo consiguió se opuso á que la revolución prosiguiera su curso. Habiendo conseguido astutamente que recayera en su persona el nombramiento de eforo ejerció en ausencia de Agis tiránicamente su poder. Al verse los ciudadanos tan villanamente engañados por Agesilao, y creyendo que obraba de acuerdo con el joven rey, se confederaron y secretamente mandaron llamar á Leonidas; aquel desterrado, cuyo puesto ocupaba Cleomboto.

Entre tanto Agis regresó á Lacedemonia y de allí á poco Leonidas lo verificó también triunfalmente, por lo cual Agis y Cleomboto no tuvieron mas recurso que evitar su venganza y la del partido de los ricos que otra vez habían vuelto á conquistar todo su poder. Cleomboto se acogió al asilo del templo de Neptuno, y por la virtud y el llanto de su esposa pudo salvar su vida, siendo únicamente condenada á destierro, pero el joven y desgraciado príncipe Agis no tuvo tan buena suerte ni le valió el haberse acogido al sagrado del templo de Minerva. Dejaré referir esta tragedia al buen Amyot.

## CAPITULO XV.

## SENTENCIA Y EJECUCION DE AGIS Y SU FAMILIA.

«De manera que habiendo Leonidas expulsado á Cleomboto fuera de la ciudad y despues de haber instalado eforos á su gusto, no pensó mas que en discurrir medios para apoderarse de Agis. Primeramente trató de persuadirle que abandonara sin ningun temor la inmunidad del templo, y volviera á ejercer con toda seguridad las funciones de la monarquía, dándole á entender que los ciudadanos habían puesto en olvido su conducta pasada porque sabían muy bien que Agesilao había hallado medio de fascinarle aprovechándose de su inexperiencia y su afán de gloria. A pesar de eso Agis no abandonaba el sagrado recinto antes por el contrario sospechaba que cuanto le decían no era mas que un puro engaño. En vista de esto Leonidas perdió la esperanza de atraerlo por medio de la astucia, pero Amfares, Democares y Arcesilao, iban frecuentemente á visitar á Agis y alguna vez llegaban hablando con él hasta los baños y despues de haberlos tomado lo volvían á conducir al templo. Es de advertir que estos tres sujetos eran amigos de Agis, pero habiendo uno de ellos (Amfares) tomado prestados de Agesistrata algunos muebles preciosos, tapicerías y vajilla de plata, se resolvió á hacer traición á él, á su madre y á su abuela con la esperanza de apoderarse de aquellas alhajas. Dicen, pues, que este fue quien mas que ningun otro prestó oídos á las sugerencias de Leonidas, é incitó á sus colegas, los eforos, contra el desgraciado Agis. Como este no salía nunca del sagrado recinto sino cuando alguna que echa de ver que me expresé con igual afecto y admiración, cuando yo me hallaba todavía en aquella edad deliciosa. (N. ED.)

otra vez iba á los baños, en este sitio fue donde le propusieron apoderarse de su persona. Presentáronse pues, á él cierto día que estaba en el baño y despues de haberle saludado como de costumbre, hicieron ademán de volverlo á acompañar al templo hablando y chanceándose, como lo permitía la mucha familiaridad con que se trataban; mas así que llegaron á un ángulo que formaba la calle por donde regresaban al templo que servía de prisión á Agis, Amfares le echó la mano como magistrado, diciéndole: «Te reduzco á prisión y te conduciré ante los eforos á que des cuenta y razon de las innovaciones que has introducido en la cosa pública.» Y entonces Democares que era hombre de grande estatura y de muchas fuerzas le rodeó el cuello con su túnica y lo arrastró hácia adelante en tanto que los otros le empujaban por detrás como entre ellos habían convenido. De esta manera y no encontrando á nadie que saliera en defensa del desgraciado Agis, consiguieron llevarlo á una prisión y en el acto se trasladó á ella Leonidas con una buena porción de soldados extranjeros que se establecieron alrededor del recinto para vigilarlo. En seguida vinieron los eforos y llamaron á los senadores con cuyas simpatías contaban, y mandando comparecer como un criminal á Agis, le preguntaron el motivo que había tenido para alterar el gobierno de la cosa pública. El joven se echó á reír de su aparente ignorancia y Amfares le dijo, que no era tiempo de risas, sino de pagar la pena de su insensata temeridad. Otro eforo; aparentando tomar su defensa, indicándole un camino para librarse de aquel procedimiento judicial, le preguntó si en realidad no había sido alucinado é impelido á obrar de aquel modo por Agesilao y Lisandro. Agis contestó que por parte de nadie había sufrido coacción; que no había llevado mas mira que imitar á Licurgo, y que por eso había intentado dar á la cosa pública la misma dirección que aquel legislador le dió en otros tiempos. El mismo eforo volvió á preguntarle si se arrepentía de haber obrado de aquella manera. El joven contestó terminantemente que nunca se arrepentiría de un proyecto tan sabio y virtuosamente acometido, aun cuando viera que no le quedaba mas arbitrio que morir. Entonces le condenaron á muerte mandando conducirlo á la *Decada* que era un sitio destinado en la prisión para los que habían de morir á manos de la justicia. Viendo Democares que los encargados de conducir al reo no se atrevían á ejecutarlo, y que probablemente hasta los mismos soldados extranjeros se negarian horrorizados á tomar parte en semejante ejecución, considerando que el poner violentamente la mano en un monarca era una cosa enteramente contraria á todo derecho divino y humano, amenazándolos y llenándolos de injurias arrastró personalmente al desgraciado joven hasta el lugar del suplicio. La noticia de este suceso había atraído ya una multitud de gente á las puertas de la prisión, y á la luz de las antorchas que agitaban con impaciencia se veía la madre y abuela del preso gritando que se hiciera justicia, y que nadie sino el pueblo fuese dueño de enjuiciar al rey de Esparta. Los enemigos de este se dieron prisa á terminar su obra temiendo que el tumulto creciera durante la noche, y las puertas de la prisión llegaron á ser violadas. Al ser llevado Agis al lugar de la ejecución, vió que uno de los esbirros lloraba y se atormentaba y le dijo: «No te aflijas por mí, amigo mio, pues soy mas hombre de bien que esos que tan malvada é indecorosamente me quitan la vida.» Dichas estas palabras presentó espontáneamente su cuello al dogal. Entre tanto Amfares salió á la puerta de la prisión y se encontró con Agesistrata, madre de Agis, que al verlo se arrojó suplicante á sus pies: él aparentando no haberse olvidado de las relaciones de amistad que con ella había tenido, le aseguró que ninguna violencia se cometería con su hijo; que no había dificultad en que entrara á verlo y con-

solarlo, y por último accedió á que esa desventurada señora entrara en la prisión acompañada de su anciana madre. Así que las dos mujeres estuvieron dentro, Amfares hizo cerrar las puertas de la prisión, y mandó al ejecutor Arquidamia quitar la vida á la abuela de Agis, que era una señora muy anciana y que por su decorosa conducta se había hecho acreedora á la mayor consideración. Consumada esta ejecución dispuso que entrara Agesistrata en el lugar del suplicio, la cual al ver el cadáver de su hijo, tendido ya en el suelo, y el de su madre pendiente aun del patíbulo, comprendió positivamente el fin que le esperaba, mas aun tuvo fuerza de alma para ayudar á los verdugos á desprender el cadáver de su madre, y tendiéndola junto al de su hijo y besando el de este exclamaba arrastrándose por el suelo: «hijo mio, tu excesiva bondad y tu clemencia nos han dado la muerte.» Amfares que estaba detrás de una puerta observando cuanto pasaba en el fúnebre recinto, entró aparentando gran cólera y dijo á Agesistrata: «Puesto que apruebas la conducta de tu hijo será conveniente que participes de su destino.» Alzóse del suelo la desolada madre y sin favorecer al asesino ni con una mirada, ni con una palabra, se entregó á manos de los verdugos, diciendo: «sea útil á la patria nuestro sacrificio.» Al divulgarse por la ciudad esa catástrofe, tuvieron los magistrados mucho temor de que los ciudadanos demostraran de un modo positivo su disgusto y su mortal odio á Leonidas y á Amfares, pues bien conocían que nunca crimen tan atroz se había perpetrado en Esparta desde que los dorios se establecieron en el Peloponeso. Hay que advertir que ni los mismos enemigos se atrevían en el furor de una batalla á poner sus manos sobre los reyes lacedemonios, antes por el contrario evitaban su encuentro movidos del respeto y veneración que profesaban á su magestad... Ciertamente es que Agis fue el primero de los reyes á quien los eforos sentenciaron á muerte por haber intentado reformas muy útiles y convenientes á la dignidad del Estado, pero debieron advertir que lo hizo en una edad en que hasta las mismas faltas merecen indulgencia, y causando mas daño con el perdón concedido á Leonidas, y con el exceso de dulzura de su carácter á sus propios amigos que á los que no lo eran.

En esta interesante historia pueden notarse varias circunstancias parecidas á las que acompañaron la muerte de Luis como por ejemplo el no haber consentido que se apelara al pueblo, la injusticia é incompetencia de los jueces etc. Voy á presentarle en un breve bosquejo la sentencia de Carlos I, rey de Inglaterra y la de Luis XVI de Francia, para que el lector halle agrupados bajo un solo punto de vista los tres mayores acontecimientos de la historia.

## CAPITULO XVI.

## SENTENCIA Y EJECUCION DE CARLOS I REY DE INGLATERRA.

Hacia mucho tiempo que en el consejo secreto de Cromwell (1) se agitaba el proyecto de encausar á

(1) Nadie ignora las farsas religiosas que Cromwell empleó para autorizar su crimen. Poseo una colección de folletos de aquella época que componen tres abultados tomos en octavo mayor. No es casi posible leerlos enteramente por lo asquerosos y desprovistos de hechos; pero al mismo tiempo hay que convenir en que son una viva pintura del espíritu y calidades del siglo funesto en que salieron á luz. Redúcese la mayor parte á una especie de sermones políticos, cuyos absurdos y ridiculos exceden toda comparación. Podrá el lector entretenerse viendo el título de algunos de aquellos extraños monumentos de las revoluciones, como por ejemplo: «*A tender visitation of the Father's love to all the elect-children or au Epistle unto the righteous congregation who in the light are gathered and are worshippers of the Father in spirit and truth.*» Tierna visitación del amor del

